

A mi difunto amigo
DON PEDRO LOPEZ MUÑOZ
— EN LA —
SEMANA SANTA
DE 1851.

HEROÍDA.

¿Dó están los años, malogrado Lope,
De alegre juventud? ¡Por siempre fueron,
Y otros y otros tambien, desde que infausta
Víctima fuiste de rencor protervo!

Mas tu virtud, á prueba de los males,
Te habrá ceñido de laurel eterno,
Mientras tu fiel amigo allá en tu tumba
Vió eclipsarse su Apolo predilecto.

Arrastrando una débil existencia,
Lleno de dias, y de azares lleno,
Y solo ya, cual rezagada espiga,
Miro segar la muerte ciento á ciento.

(2)

¿Qué resta á mi dolor? Solo un sepulcro,
Que, aunque al lado de altivos mausoleos,
Es lejos de la huesa dó mis padres
Yacen en polvo, y de la patria lejos;
Y lejos de las fuentes y verjeles,
Dó entre pomas anidan los jilgueros;
Bellezas por costumbre no admiradas,
Y hasta perderlas, de ignorado precio.
Perdona, amable Lope, si alterado
El lenguaje que inspiran los misterios,
Algo sabe á mortal, cuando mis ojos
No son de Pablo en el tercero cielo.
Dulce es la patria en los cansados años,
Sin que Nason lo cante en el destierro:
Yo soy feliz, mas para ser dichoso
Necesito engañar los pensamientos.
Fecundos son los campos, dó las huellas
De Rodrigo se pierden en silencio
Al pié de las ruinas cartusianas
Para afrenta del vándalo moderno.
Gloriosas son las bélicas memorias
De Alfonso vencedor del agareno,
Y las de cien heroicos jerezanos
Que á libertar mi Guadalorce fueron.
Claro este sol los pórticos alumbra
De mil olientes ángulos inmensos,
Donde á Jerez su néctar enriquece
Mas que á Campania el céculo y falerno.

(3)

Y ¿qué vienen á ser añosos muros,
Gigantes moles, techos opulentos,
Al que para vivir todo le sobra,
Al que para gozar faltan recuerdos?
No aquí mi tierna madre de la mano
Tras de la golosina y el pandero
Me llevaba á las ferias bulliciosas,
Ó al florido Sotillo y puente ameno.
No aquí amoroso padre fomentaba
Con doncellas mis primeros versos;
Ni aquí lloré con llanto de tres lustros
En súbita orfandad, entrambos restos.
¡Cuánto penar de entonces, Lope mio!...
Mas en esa region, dó te contemplo,
No alcanzan á tus manes las miserias,
Ni el volcan en que arden los imperios.
¿Qué son de Babilonia las murallas
Ni de Roma los altos monumentos
Con la Jerusalem, jamás cautiva
Por el feroz Nabuco del averno?
Tú ves de Sabahót al Dios altísimo,
Al grande Adonái de tierra y cielo,
Al Jehová, cuyo brazo omnipotente
Al espacio lanzó mundos sin cuento;
Y los montes humean á sus rayos
Y se tronchan del Libano los cedros,
Y á su querer, saliendo de la nada,
A la nada volviera el universo.

(4)

Tú, mas que en el Tabor los tres alumnos,
Ves en si mismo al fulgido Maestro,
Y en la luna á su bella Sunamitis
Revestida del sol y los luceros.

La Trinidad augusta la corona
Como á Virgen sin par, Madre del Verbo,
Hija de aquel Anciano de los dias,
Y Esposa del divino Paracleto.

Ea, pues, si tal gozas, caro Lope,
Y si tienen la dicha mis acentos
De escalar esos orbes de zafiro,
Vayan tambien magníficos recuerdos.

Que los mios, al númen escapados,
Son ayes que se apagan con el trueno,
Olas que se atropellan en la orilla,
Y naufragios que ries en el puerto.

Otras memorias son las que tu gozo
Aumentarlo podrán (si cabe aumento)
Al saber que la Estér antequerana
Irá por su estacion en pos de Asuero.

¡Tú nos viste llorar!... Lo mismo lloran
Ante el Socorro con ardientes ecos,
Prolongando la serie de sus triunfos
Aquellos fervorosos Mardoqueos.

Y del nuevo entusiasmo de Antequera
¿Cómo formarte el pálido bosquejo,
Quien vive de la escena tan lejano,
Ni tuvo lo sublime de tu pleetro?

(5)

Apréstanse argentadas banderolas,
Ricos pendones, pasos, pebeteros,
Y mil y mas antorchas floreadas
Con relieves en cera de gran precio.

Cual las hijas de abril, mentidas flores
Embellecen dó quier flotantes huertos;
Y niños con inmensa pedrería
De algun ángel copiaron el modelo.

En espléndidos tronos reverbera
El sol; y por el prisma en fondo negro
Con los aureos florones de los palios,
Se templan dulcemente sus reflejos.

Tras la quintupla Cruz (Lábaro insigne,
Que anunció la derrota de Maxencio)
Va el Socorro la Virgen inspirando,
Precedida del Hijo padeciendo.

¡No es delirio! La célica Matrona
Con el manto y corona de un imperio
En colosal insignia, que abrillantan
El oro, los diamantes y floreros;

Aparece al gentío alborozado,
Y mas fogosos vítores excita
Que la hermosa Judith ante su pueblo.

¡No hay resistir! del pecador mas duro,
Cual blanda cera, se derrite el pecho;
Y esta fé, y esta llama, y estos vivos
No siempre han carecido de portentos.

(6)

El buril pudo ser antequerano,
Pero su inspiración vino del cielo;
Fidias y Montañés y Miguel Angel
Envidiáran tan mágico embeleso.

Igual Jesus, á mano igual debido,
Pasó despues del gran Guzman al templo,
Que del otro un declive lo separa,
Y es un abismo que socava el zelo.

Cada bando tu título engrandece
Con la piedad marcada en el reverso,
Y en la sangre de cien generaciones
Renace mas antiguo y siempre nuevo.

Y hoy, merced á patricios generosos,
Las Artes, su crecer, el fértil suelo,
Y la Paz y el socorro por herencia,
Reclaman un cantor; y yo, fallezco.

Dame, amigo, tu pluma vigorosa
Que, alzándose palmera del desierto,
Fué de las tempestades rebatada,
Menos algunas hojas que conservo.

Solo tú, que la margen del Menoba
Cantabas como cisne del Pernesio
Con moribunda voz; hora serias
De tu segunda patria el digno Homero.

Los Godoys, Guevaras y Carrascos,
Y anónimos, jocundos romanceros
De valia inferior, asaz cantaban
Las mutuas lides en chistosos metros.

(7)

¡Prez á tantos ilustres adversarios!
¡Loor á infortunados monasterios!

Que allí de vencedores ó vencidos
Son siempre para el culto los trofeos.

No el bálsamo lamente derramado
Los que al pobre repelen con un gesto;
Pues sobró para todo á los mayores
Sin el cálculo frio de sus nietos.

En ambas procesiones seculares
Confúndense los nobles y plebeyos;
Y, á despecho del siglo, en tales fastos
No hay distincion de hebreos ni de griegos.

Ni el fragor de ruinas venerandas,
Ni el cinismo con burlas y denuestos,
Nada pudo extinguir, oh patria mia,
Del Socorro y Jesus tu oculto fuego.

Sigue impávida, sigue; que si juntas
A tus pompas que corren en proverbio
La sencilla piedad de nuestros padres,
En dichas y esplendor irás creciendo.

¡Oh quién me diera al sacro Paraseve
Asistir, y aun morar en aquel centro,
Que los ojos lo lloran solitario,
Y lo contempla el dolorido pecho!

¡Y mezclado á la ansiosa muchedumbre
Con el pio solaz de aquellos tiempos,
Ante el ara mejor de la Alianza
Cual David, embriagarme de contento!

(8)

Y tú, dichoso Lope que testigo
fuiste de las delicias que bosquejo,
¿No acrecerás las tuyas en la Patria
Al saber lo que pasa en el destierro?

Esa Sion que triunfa en las alturas,
Y la que aquí milita con denuedo,
Comunicar sus glorias por querubes
Viólas Jacob en apacible sueño.

Y es Maria la escala prodigiosa,
Socorro universal, puerta del cielo:
Ella escuche los votos que la envío;
Ella nos una en lazo sempiterno.

Juan Maria Capitan, Pro.

JEREZ.

Imprenta de Bueno, calle Larga.